

rojan sin miras personalísimas, proponíase continuar la obra de abnegación inaudita desde sus mas tiernos años comenzada.

Claro en su mente el proyecto, calculados los medios, apreciadas las dificultades, y hecha la resolución de no economizar persona, tiempo, ni dinero, comenzó Suarez por separarse de su tierna hija, mandándola á establecerse en México, bajo la salvaguardia del pariente de la esposa que de perder acababa; pariente que, siendo por su naturaleza como las plantas parásitas, necesitaba siempre un árbol de cuyos jugos se alimentara. Confióle D. Martin á Elvira, conociéndole por hombre probo y religioso; hízole pasar por padre de la niña; y mandólos á entrambos á México, punto que era el blanco final de sus miras y pensamientos.

Entretanto él, volviendo al servicio activo, y atendiendo á ganar amigos ante todas cosas, formábase una clientela de hombres tan avezados á los peligros, como dispuestos á emprender cuanto se les mandase, con tal de que en perspectiva viesen oro y placeres; y á si mismo se adiestraba en las artes del gobierno y de la milicia.

Murió el conquistador de Nueva-España el año 54; abdicó Carlos V el 56, y ya entonces creyó Suarez llegado el tiempo de regresar al Nuevo-Mundo, con objeto de poner por obra su colosal temerario proyecto.

Diez años de incesantes trabajos, de gastos dispendiosos, de reserva impenetrable, de habilidad consumada, de audacia invencible, condujeron el negocio al punto que el lector conoce; quizá le aproximaron al triunfo: pero faltóle la fortuna en el momento crítico, ó mas bien, no estando en sazón el fruto, justo fué que quien intentaba cogerlo se estrellase. Ya lo dijimos una vez, pero no estará demas repetirlo: en política tan malo es anticiparse á los tiempos, como volver á lo pasado; por eso las *conspiraciones* son, poco menos que constantemente, infelices, y las *revoluciones* arrollan cuanto locamente se atreve á oponerles resistencia.



CAPITULO VI.

DE CÓMO SE ACABARON LAS DESDICHAS DEL MÁRTIR.

Doña Elvira Suarez, ó mas bien *Cortés*, educada en México con el mismo severo recojimiento que lo fué su madre en Europa; creyéndose hija, en efecto, del caballero que por su padre pasaba; y hasta ignorante de las inmensas riquezas que poseía, porque D. Martin así lo quiso, mostróse no obstante desde sus primeros años altiva y entera quizás con exceso. Circulaba en sus venas, mezclada con la sangre jenerosa de Hernan Cortés, la ilustre de la casa de Austria. ¡Qué mucho que en su cabeza jermínaran pensamientos heroicos, y en su carácter fermentase la innata soberbia de los príncipes de la casa de Haspourg! Su individualidad, por otra parte, fué siempre una excepción á la ley comun de la naturaleza. Así, desde que la razon comenzó en ella á desarrollarse, dejó por completo de ser niña, ó mejor dicho, hasta jóven, y aun mujer; porque Elvira nunca se entregó á juegos infantiles, ni á labores de su sexo propias; jamas á galanteos por honestos que fuesen, sino á la reflexión, á la lectura de libros ascéticos, y al estudio de la historia. En las horas de recreo, sola en su jardín, ya contemplando la bóveda del cielo, ya fijos los ojos en el inmenso horizonte, y dejando que libre vagase su fantasía, la hija de Suarez no se entregaba á voluptuosas esperanzas, ni á risueñas ilusiones; su aspiracion constante, si tal puede llamarse el deseo de lo imposible, era haber nacido en los que imaginaba felices tiempos de la edad media, señora independiente de algun feudal castillo, solicitada por antipático poderoso baron, y negándole su mano, y de-

fendiendo ella misma su libertad al frente de sus vasallos, vestida la coraza, el bruñido casco en las sienes, y empuñando la cortante espada. No negaremos que en el campo de batalla apareciese cierto novel desconocido caballero, blancas las armas y sin empresa el escudo, que lanzándose, como el huracán sobre los mares, al centro de las huestes enemigas, y siendo su paso para los que detenerle intentaban, lo que la guadaña del segador para las mieses, llegara hasta el brutal pretendiente, y trabando con él encarnizada lucha, le arrancase la vida, mereciendo ceñir por tan alta victoria corona de laureles y mirtos tejida. Tampoco podemos ocultar que el pecho de la belicosa castellana se ablandase á vista de tantas proezas y tan singular varonil hermosura, pues ya se entiende que forzosamente habia de ser bello el incógnito. Ni omitiremos que el tal caballero, despues de durísimas pruebas y fabulosas hazañas, llegando á oír de los rojos labios de la hermosísima pudorosa dama el dulce sí á que aspira todo amante, confesábase, como de un delito, de ser hijo de reyes y á reinar predestinado: pero en resumen, si amor habia en las imaginaciones de Elvira, porque juventud sin amor viene á ser como dia sin luz, lo cual es simplemente absurdo, era aquel un amor tan á lo heróico, tan en batallas, tronos, y laureles envuelto, que así se parecia al común entre los mortales, como un grande hombre á un ministro moderno.

De tal mujer pretendió ser esposo D. Alonso de Avila, contando apenas de 28 á 29 años de edad, unos seis antes de aquel en que tuvieron lugar los sucesos hasta aquí referidos, es decir: no pasando Elvira de los diez y siete abriles.

D. Martin entonces vagaba por las provincias internas de México, reclutando jente entre los indios; y el marques del Valle aun no era ido á establecerse en Nueva-España.

Sabemos ya que la villana conducta de Catalina habia lanzado á D. Alonso en la mas completa disolucion imaginable; tambien que, prendado de Elvira, solicitó su mano, y que ella, libre de otra pasion, y no enamorada de su pretendiente, limitóse á prestarse á lo que su padre dispusiera. Mas el que Elvira creia su padre, era solo su curador, y como en negocio tan grave claro está que no podia resolver por sí mismo, hubo de acudir á Suarez noticiándole lo que pasaba.

Boda que mas cuadrase á los designios políticos del hijo de Catalina Suarez no podia presentarse á Elvira; porque D. Alonso, á pesar de sus notorios defectos, poseia altas dotes, inmensa fortuna, y una influencia, ademas de la suya personal, histórica, por decirlo así, en el vireinato de Nueva-España. Pocas líneas nos bastarán para que se comprenda bien lo que á primera vista parezca tal vez enigmático.

Alonso de Avila, hermano del padre del D. Juan Tenorio mexicano, fué uno de los pocos españoles que, combinando el denuedo casi temerario con el espíritu de prevision mas perspicaz, y la franqueza

del soldado con la prudencia del mercader, lograron á un tiempo enaltecer su fama y enriquecerse en el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. Primero contador en la isla española, y socio en la famosa compañía mercantilmente conquistadora del licenciado Casas, pasó ya acaudalado á Cuba, y fué uno de los tres capitanes que acompañaron á Juan de Grijalva en su expedicion á Yucatan. Mas tarde, uniéndose á Hernan Cortés, vémosle primero mandando una compañía en el ejército expedicionario, luego rejidor de la Veracruz al fundarse aquella villa, despues contador del ejército, y sin perjuicio de las funciones de tal, tomando parte muy señalada en la guerra, y siendo uno de los mas fieles amigos y mas importantes subalternos del conquistador. Compañero del célebre Sandoval en mas de una expedicion, y autor del pensamiento, al propio tiempo que audaz ejecutor de la resolucion de atacar y destruir á Pánfilo Narvaez, cuando aquel menguado quiso atajar los pasos de Cortés en la magnífica senda de sus victorias, puso en él los ojos su caudillo para enviarle á la corte en calidad de negociador y mensajero, haciéndole, en efecto, embarcarse con otros para Castilla. Avila, contrariado por los elementos y la fortuna, pierde una gran porcion del espléndido tributo de que era portador, y parte de sus naves en las Azores; el resto lo deja en poder de ciertos corsarios franceses que le conducen prisionero á la Rochela; mas recobra al cabo su libertad, llega á España, y aunque pobre y por la fortuna maltratado, se hace oír, obtiene justicia y mercedes para Hernan Cortés y para sí mismo, y vuelve al Nuevo Mundo á proseguir la obra del descubrimiento y de su personal negocio. Tenaz en ambas hasta sus últimos años, hállasele siempre combatiendo en primera línea, administrando en las rejiones mas incultas, conservando su fama, y no perdiendo el tiempo, sin embargo, para aumentar su hacienda. Su nombre, en consecuencia, era inmensamente popular entre los conquistadores, respetado ó temido por los indios, y considerado con razon y universalmente como sinónimo de afecto y lealtad á la persona, gloria y posteridad de Hernan Cortés.

Ahora bien, como el D. Alonso que conocemos era quien habia recojido la herencia, así moral como tangible, de su esforzado tío, realmente pensó bien D. Martin Suarez, que ningun yerno podia presentarsele que mas cuadrase á sus designios políticos.

Verdad es que la fama del desenfrenado libertinaje de aquel manco debiera retraer á persona tan timorata como Suarez, de otorgarle la mano de la inocente Elvira: mas conviene tener presente que viviendo D. Martin por entonces mucho mas en los campos que en las poblaciones, ignoraba en gran parte los desórdenes de la vida del D. Alonso, desconociendo positivamente los pormenores de sus escandalosas aventuras, y atribuyendo al natural hervor de la sangre y

falta de madurez consiguiente á los pocos años, aquellas de las calaveradas del noble caballero que á sus oídos llegaron.

Añádase á tales consideraciones el inmenso poder que ejerce, hasta en el hombre mas sensato, la preocupacion de una idea esclusiva y fija, y comprenderáse desde luego que, prescindiendo de escrúpulos que en otras circunstancias le parecieran invencibles, otorgase su consentimiento para el enlace de doña Elvira con D. Alonso, sin mas condiciones que las que brevemente espondremos.

Fué la primera, y es justo consignarlo aquí, revelar á la desposada cuál era su orijen, y explorar su voluntad en cuanto al matrimonio mismo. A la revelacion de su ilustre cuna, Elvira creyóse trasportada al quinto cielo; y como tambien para ella lo difícil era lo único que valia la pena de hacerse, prestóse sin resistencia á jurar que ni á su propio marido revelaria tal secreto, sino con expresa autorizacion para ello del autor de sus dias. Por lo respectivo á casarse, repitió que no amando ni aborreciendo á su pretendiente, estaba pronta á obedecer á su padre.

D. Martín no quiso tampoco que Avila conociese la verdadera familia á que se enlazaba, hasta que diera pruebas de discrecion bastante para confiarle un secreto de tal importancia; y esa fué la segunda y última de las condiciones esijidas para consentir en aquel enlace, supuesta la aquiescencia de la interesada.

Otro hombre, en el siglo y circunstancias mismas, rehusara tomar por esposa á una mujer, por seductora que en realidad fuese ella misma, y alta que su estirpe pareciera, desde el momento en que se le dijese: "noble es, pero no queremos ni esplicarte cómo, ni menos revelarte quiénes son sus padres." D. Alonso le halló un atractivo mas al matrimonio en lo singular de tan escepcionales condiciones. Y por otra parte, queria humillar á Catalina Ponce; presentarse ante sus ojos traidores, dueño de una mujer con evidencia mas hermosa que ella; y hacer ostentacion de sus riquezas en el lujo de su esposa; y en una palabra, vengarse de la infiel que por la esperanza, nunca realizada, de vivir nadando en oro, le habia vendido.

Pasando, pues, por todo, casóse con Elvira, ignorante de quién era por linaje, y sin curarse de inquirirlo ni saberlo, hasta que á consecuencia del lance del 23 de Abril, fué menester para demostrar la inculpabilidad de su esposa, probarle tambien que el hombre con quien la sorprendió hablando desde la reja no era su amante, sino su padre.

Y ahora que hemos llegado otra vez al punto mismo en que la narracion principal interrumpimos para poner en claro sucesos anteriores, sin cuya intelijencia fuera imposible la total de los que podemos llamar corrientes, razon es que prosigamos nuestra marcha directa.

Todo el dia primero de Agosto del año 1566 lo pasó D. Martín Cortés de Suarez entre congojas y desmayos, incapaz de pronunciar dos palabras seguidas, ni, por consiguiente, de entrar en esplicaciones

sobre el orijen de tan lastimoso estado; y si bien el indio Francisco pudiera darlas, no estaban para pedírselas, ni la aflijidísima Elvira, ni la abatida Mencía, ni el desesperado Fernando de Valdestillas. Del último conviene advertir que no perdiendo de vista sus ocultos importantes designios, hizo mas de una salida de la casa de Avila, ya para el convento de San Francisco, ya para conferenciar con su inseparable fidelísimo Acates, el buen Cristóbal.

Como puede presumirse, lo primero que á Elvira se ocurrió fué la idea de llamar en auxilio de su padre á los mas notables facultativos de la ciudad; pero el paciente, adivinando tal designio, opúsose á él con resolucion tan enérgica, que hubo necesidad de obedecerle.

—¡Seria inútil! (añadió melancólicamente Francisco á las palabras de su amo); la flecha estaba emponzoñada, y hace mas de veinticuatro horas que su veneno inficiona la sangre de señor amo. ¡Seria inútil, completamente inútil la asistencia de los médicos!

El dia 2 los síntomas de la agonía se hicieron tan evidentes que, al frisar el sol en la mitad de su carrera, creyó Elvira quedarse huérfana: mas súbito comenzaron á ceder las siniestras afecciones, disminuyendo sensible y rápidamente el malestar del herido, y dejándole espedito y libre el uso de su razon, de que hasta entonces estuvo casi del todo privado.

¡Engañosa mejoría! La naturaleza vencida renunciaba á la lucha, sí, mas en cambio el veneno, enseñoreándose sin oposicion de su víctima, muy en breve iba á borrarle del número de los vivientes.

Si el amor filial de Elvira pudo un momento hacerse ilusion sobre el estado del enfermo, no así el ánimo sereno del Mártir mismo, quien presintiendo su prócsimo fin y queriendo aprovechar el brevísimo plazo que la muerte le otorgaba para el arreglo de sus negocios así temporales como espirituales, apresuróse á decir, luego que pudo:

—“Que llamen, Elvira mia, á Fr. Diego de Olarte; y tú, mi dulce prenda, tú, pobre, maltratado y postrero vástago de una familia á todo linaje de penas predestinaba, oyeme en tanto que llega el ministro del Altísimo á recibir la confesion de mis culpas, preparándome dignamente á reunirme en la mansion de los justos con el ángel á quien tú debes la vida, y yo los únicos momentos de ventura que gocé en esta vida.”

Cumplida la orden del moribundo, mandando á llamar al provincial de San Francisco, corrió Elvira, en lágrimas silenciosas anegada, á postrarse de hinojos á la cabecera de la cama; Mencía en un sitial, parecia el emblema de la angustia; y D. Fernando, ya entonces en hábito de fraile otra vez, de pié á los del lecho, cruzados los brazos y fija la mirada en el mal herido caballero, ofrecia tal contraste con las tiernas figuras de ambas señoras, que no osamos encomendar su descripcion á nuestra inhábil pluma.

D. Martín tomó la palabra, y en frases lacónicas, como su estado lo

requeria, recapituló, sin embargo, por completo los azares de su vida, acusándose de haber sacrificado á Elvira en aras de su ambicion del martirio, como á él mismo le inmolará su padre en las de la ambicion. No le pesaba de la conjuracion en sí misma, sino de haber comprometido en ella á tantos desdichados, y singularmente á D. Alonso y al jóven Valdestillas; y en resúmen, si no arrepentido del pensamiento, mostró estarlo mucho de las consecuencias de sus quiméricos planes. Habló luego de sus riquezas, indicando con claridad los puntos y personas en que las tenía depositadas, y quiso que si su hija moría sin sucesion, como era mas que probable, pasaran todas á los pobres, haciendo especial señalamiento de pensiones á la familia de Garci-Perez, á Francisco, á Cristóbal, á las viudas y huérfanos de los que perecer pudiesen ajusticiados á causa de la conspiracion, y á la Orden Seráfica igualmente. Orillado ese punto, y queriendo tambien satisfacer la curiosidad mas que natural de su hija, relativamente á todo el tiempo que de México habia faltado en la última para todos funesta temporada, esplicóse de este modo:

—“Cuando ya restablecido de la herida que recibí en la cárcel de México, procurando en vano la libertad del infeliz Bocanegra, mandé á Francisco á la ciudad con carta para D. Alonso tu esposo y mi desdichado hijo, una impaciencia de que ordinariamente adolezco poco, se apoderó aquella noche de mi espíritu, obligándome á salir de la caverna que hasta entonces me albergara. La mano de Dios, que ciega á los hombres cuando su ruina conviene á los altos designios providenciales, pesaba sobre mí aquella noche. Apenas hube penetrado en el bosque, tan sin objeto racional como innecesariamente, caí en el lazo que de luengos dias me preparaba el rencor inestinguible del idólatra Poyahuil, á quien, con Alonso y D. Fernando, impedí la noche de la fiesta consumir un horrible sacrificio. Aquel tigre, con la tenaz perseverancia propia de su raza, con la paciencia de la vileza, con la astucia de la venganza, con el encarnizamiento de Satanás su dueño, habia constantemente seguido mis pasos, espiado mis acciones, y preparado mi destruccion, que al fin ha conseguido.

“Unos cuantos indios bravos, por él fanatizados, y ocultos en las cavernas de los Toltecas, arrojándose de improviso sobre mí, aprisionáronme fácilmente, ó porque no tuve tiempo de empuñar la espada, ó mas bien porque era llegada mi hora. Una vez en sus manos, creí que á morir iba sin tardanza, aunque tan ferozmente atormentando como es costumbre de los salvajes hacerlo con sus enemigos: pero el exceso mismo del rencor del indio, y un refinamiento de su crueldad dilataron por algunos dias el fin de mi vida.

“Sabia el malvado el descubrimiento de la conjuracion; acaso ha contribuido á él eficazmente, y quiso que antes de morir supiera yo no solo la muerte afrentosa de mis amigos, sino que con ellos es-

“pirase en el suplicio. Mas atento siempre á los intereses de su infame idolatría, llegó á persuadirse de que en premio de haberme capturado y de entregarme indefenso en manos de los doctores, pudieseran esos otorgarle permiso para practicar libremente los misterios del nefando culto, en algun rincón siquiera de esta tierra, templo toda ella no ha muchos años de los falsos dioses.

“En mi presencia discutí el consejo de los indios todos esos estremos: estuvieron discordes los pareceres, y en tanto que alguno triunfara, teníanme, como á bestia indómita, atado en el fondo de una cueva húmeda y lóbrega, alimentándome lo bastante no mas para que sintiera bien todo lo miserable de mi estado.

“Mas como en tanto los soldados de la audiencia, por una parte, y tus mensajeros, Elvira mia, por otra, recorrían incesantemente los alrededores de la ciudad, buscándome aquellos para el cadalso, los últimos para salvarme, los indios, temiendo siempre la furia de los castellanos armados, no osaron salir de sus cavernas, ni aun para venderme á mis encarnizados enemigos.

“Así trascurrieron una y otra semana, sin dejarme ya otra esperanza de salvacion que la de la misericordia Divina; y mientras el fiel Francisco, esquivando el encuentro de indios y de españoles, y alimentándose esclusivamente de silvestres frutas, buscábame con afán incansable dentro del bosque. La mano del Señor le condujo en fin á la cueva en que yo jemía; su conocimiento de las costumbres de los indígenas, á cuya raza pertenece, y una inspiracion providencial verdaderamente, le proporcionaron los medios de llegar hasta mí.

“No ignorando Francisco ni que yo no estaba preso en México, ni que el rencor de Poyahuil me perseguía implacable, figuróse desde luego que el idólatra ó me habia ya sacrificado, ó me guardaba preso, lo cual precisamente era en alguna de las cavernas del bosque, que, por ser muchas y á largas distancias unas de otras, daban desdichadamente lugar á interminables dudas. Hubo, pues, de correrlas todas sucesivamente hasta dar con la que ocultaba á mis perseguidores; hallada la cual, restábale aún la dificultad de averiguar si en ella me tenían cautivo, en efecto, amen de la de escójitar medio para libertarme. En tal conflicto, su ingenio y amor á mi persona le sujirieron la mas discreta astucia que imaginarse puede, y fué la que voy á referirte. Habia Francisco observado que, en busca de alimento, salían ordinariamente dos de los indios de Poyahuil todas las mañanas, regresando con la provision por la tarde; y haciéndose el enconradizo con ellos, díjoles: “Hermanos, gran número de blancos armados recorren el bosque, y héles oido que buscan á ciertos mexicanos ocultos en las cavernas de los toltecas vecinas al arroyo (precisamente mi cárcel). Si en manos de los españoles caen, su vida no será larga.” Dichas tales palabras, prosiguió mi fiel ser-

“vidor su camino como si á la ciudad fuese, pero en realidad, dando un rodeo, á colocarse en observacion de mi mazmorra. Su estrategia produjo todo el efecto que de ella esperaba Francisco: los dos indios dieron la alarma á sus compañeros que, aterrados todos, dispuséronse en el acto, dejándome á mí abandonado, y conviniendo en volver á reunirse aquella misma noche en otro punto del bosque. Apenas mi libertador vió desembarazada la caverna de mis enemigos, apresuróse á penetrar en ella; y gracias á su fidelidad ingeniosa y valiente, tu padre, Elvira, recobró de nuevo la libertad y sus armas, que los indios no osaron llevarse consigo por no llamar, sin duda, la atencion de los españoles, si alguno encontraban. Pero eran tales mi debilidad y entumecimiento, que durante algunas horas no pude ni moverme del sitio en que estaba, siendo ya el amanecer del día que siguió inmediatamente á la heroica empresa de Francisco, y fué el postrero de Junio, cuando, algun tanto reparadas mis fuerzas á beneficio de la libertad y el alimento, pude resolverme á salir de la caverna. En su lóbrega boca estábamos aún, cuando se nos presentaron delante Poyahuil, el salvaje chichimeca á quien él mismo iba á inmolar en el bosque, como puede recordarlo D. Fernando, y no sé bien si seis ú ocho indios bravos, además. Acometíles resueltamente con la espada, mientras Francisco con piedras primero, y mas tarde con una *Macana* que acaso halló en la cueva. Poyahuil fué uno de los primeros que sucumbieron á mis golpes; dos ó tres le acompañaron á los infiernos; los restantes huyeron despavoridos; y en fin, nos hallamos un momento sanos salvos, y libres á mayor abundamiento. Entonces resolví pasar aún lo que restaba de aquel día en el bosque, esperando la noche para venir, Elvira, á estrecharte contra mi corazón, y concertar contigo los medios, si alguno quedaba, ya que no de llevar á cabo nuestra malograda empresa, al menos de salvar al marques del Valle, á tu esposo, y á los demas caballeros, de las garras de los doctores. ¡Dios lo dispuso de otra manera: así convendrá á sus santos designios!—Silenciosos y descuidados de todo riesgo, reposábamos Francisco y yo no lejos del sitio en que estuvo la *Torre del Cazadero*, y á la sombra de los frondosos árboles que lo circundan, cuando súbito desgarró mi pecho dolor agudísimo, y un grito, feroz como el ahullido del lobo, resonó en la espesura, y mi servidor, tomándome la espada, lanzóse, como el neblí sobre la garza, al paraje de donde partió la flecha que mortalmente me dejaba herido; porque, en efecto, hija amada, á traicion muere tu padre. Francisco, alcanzando á mi asesino, vengóme arrancándole en el acto la vida: era el indio chichimeca, D. Fernando, era el indio chichimeca que, no pudiendo perdonarme el haberle sustraído al cuchillo del sacerdote idólatra, y ebrio de rencorosa ira con la reciente pérdida de su fanático maestro, quiso y logró vengarse tan villana como comple-

tamente. Si Gonzalo Nuñez y Juan de Victoria no me hallaran en el bosque, donde yacía moribundo, allí perecería en brazos de mi fiel servidor, incapaz también ya de trasportarme ni á la quinta de mis hijos: pero el cielo quiere que muera, al menos recibiendo los auxilios de la religion santa que humilde profeso. ¡Bendita sea una y mil veces la Misericordia Divina!”

Apenas pronunciadas por D. Martin tan edificantes palabras, presentóse en la estancia Fr. Diego de Olarte con el desconsuelo que escusamos encarecer, mas siempre por su constante conformidad con los decretos del Omnipotente sostenido.

Dejáronlos solos á él y al moribundo los demas circunstantes, y durante algunas horas permanecieron juntos aquellos dos hombres, dignos el uno del otro por sus virtudes, si bien en las del fraile habíase mas de humilde y resignado que en las del antiguo maestro de campo de Castilla, y jefe de una conjuracion en México.

¿Sabia el provincial quién era en realidad D. Martin?—Fiel á su juramento el hijo de Catalina Suarez, abstúvose de revelar á Fr. Diego el secreto de su nacimiento; mas Olarte, como familiar que fué de Hernan Cortés, no hubo menester de grandes esfuerzos de imaginacion para adivinar el á sus ojos trasparente enigma. La semejanza, primeramente entre padre é hijo; luego la edad; despues los apellidos *Suarez y Monroi*, de su madre aquel, de uno de sus abuelos paternos el otro; y la especie de fanatismo, en fin, con que aquel hombre se consagraba en cuerpo y en alma al servicio de la familia de Hernan Cortés, mas que á voces decían la verdad del caso al conquistador en religioso transformado. No obstante, jamas se dió por entendido, ni con el interesado ni con persona alguna, de que tal secreto no ignoraba, y solo el día de su muerte, y al absolver de sus culpas al padre de Elvira, le declaró que le conocía por hijo del que ganó á México para la corona de Castilla.

—Triste suerte (esclamó D. Martin estrechando la mano de Fr. Diego), triste suerte nos cabe á los hijos de Hernan Cortés; yo muero asesinado; el marques, si se salva como espero, del suplicio, vejetará oscuro.... El vástago de doña Marina.... Me estremezco al pensar en su destino.... Los demas por insignificantes se librarán de las persecuciones.... Pero nuestra raza no dará de sí otro grande hombre!!!

—Solo Dios es grande, D. Martin (interrumpió el religioso). ¡Qué importa, en su presencia, la gloria del mundo!

—¡Oh, eso es cierto, padre mio! ¡muy cierto! Y sin embargo, pésame de no haber sido lo que mi padre, pésame tan de corazón como de las ofensas que hice al que en breve va á juzgarme.

Poco tiempo despues de dichas esas palabras, y de haber tiernamente bendecido á su hija, entregó D. Martin Suarez su alma al Criador, con la serenidad del justo que en su misericordia, y no en los

propios méritos confía. La tumba ofreció descanso á su cuerpo, el cielo sin duda recompensa á sus virtudes.

Doña Elvira recibió el tremendo golpe con tanta entereza como resignacion: sus manos cerraron por vez postrera los ojos del autor de sus dias; ella le cubrió el rostro con rico cendal; ella quiso encender los blandones que el fúnebre lecho rodeaban; y ella tambien, de rodillas, asistió al provincial de San Francisco en las oraciones que, en conmovido acento, recitó largo tiempo sobre el cadáver del primojénito de su amigo y caudillo.

Mencia y Fernando de Valdestillas, admirando valor tan grande, resignacion tan sublime, no se apartaron un solo instante de la mortuoria estancia; y el pobre Francisco, abrazando los helados piés del que fué su amo, interrumpia solo de cuando en cuando con amargos sollozos, ya la venerable voz del ministro del altar, ya el lúgubre silencio que allí reinaba.

Tal y tan triste fué el cuadro, que al penetrar sin anunciarse en la estancia de doña Elvira, entonces en capilla funeral convertida, contemplaron con asombro los ojos del alguacil mayor Juan de Sámano.... ¡Del alguacil mayor Juan de Sámano....! Sí, lector benévolo, el mismo; que, en persona y con escaso acompañamiento, pero como si entrase en real enemigo, acababa de penetrar en casa de D. Alonso de Avila, llegando hasta la habitacion de la esposa de aquel caballero, sin que ninguno de los criados, todos aturridos con la prision de su amo, y por el reciente fallecimiento de Suarez trastornados, tuviera valor suficiente para impedirselo.

Era ya entrada la noche del 2 de Agosto cuando tan inopinadamente se aparecia aquel heterojéneo y antipático personaje ante el lecho de muerte de un hombre por cuya captura hubiera él dado una buena parte de su hacienda, y habia hecho en realidad muchos y repetidos aunque inútiles esfuerzos; quien primero echó de ver su presencia en la estancia mortuoria, fué dichosamente Fr. Diego de Olarte. Y decimos *dichosamente* Fr. Diego de Olarte, porque si antes que él le viera D. Fernando de Valdestillas, parecenos, no solo posible, sino mas que probable que, olvidando todo jénero de consideraciones, en el acto se arrojara sobre él ahogándole quizá sobre el cadáver de su asesinado amigo. Juan de Sámano era en México la impopularidad personificada; para todos los plebeyos temible, cuanto para los nobles odioso; y en el momento á que nos referimos, considerado con razon como el mas implacable de todos los enemigos de los presos.

¿Qué podia, pues, llevarle, y tan inoportunamente á casa de D. Alonso de Avila, el hombre cuya vida estaba mas en peligro en aquellas circunstancias?

Sospechar que en busca de D. Fernando de Valdestillas iba, habiendo averiguado su disfraz, era lo mas natural y fué realmente lo

que se le ocurrió á Fr. Diego; pero como aun cuando así fuese, el único medio posible, si alguno habia, de sustraer al doncel á tan inminente riesgo, consistia en burlar á fuerza de serenidad las pesquisas del alguacil mayor, hubo el santo provincial de resolverse á hacer frente á la tormenta confiando solo en la Misericordia Divina.

Encaróse, pues, con Juan de Sámano, y díjole con entereza:

—Respetemos el reposo de los muertos, señor alguacil mayor; no son momentos los presentes para que visiteis vos esta casa.

Al oír tales palabras, á un tiempo volvieron á la puerta los ojos Mencia, doña Elvira y D. Fernando, quien por fortuna ocupaba un ángulo del aposento, al cual daba sombra la cabecera misma del lecho en que D. Martin yacia, siendo por tanto imposible que Sámano distinguiese sus facciones, en gran parte ademas ocultas por la capucha del hábito franciscano. Mas á mayor abundamiento, absorto el majistrado municipal en la contemplacion del fúnebre cuanto inesperado espectáculo á que asistia, ni remotamente se acordaba entonces del hijo del comunero.

Ni para detenerse á ecsaminar una por una las sombrías figuras de aquel cuadro tuvo tiempo el alguacil mayor; porque reconocer la esposa de Avila al perseguidor de su marido, y arder inflamada la sangre en sus venas, lanzarse al lecho, levantar el cendal que el cárdeno rostro de Suarez cubria, y esclamar con un rujido de leona herida:

—¡Juan de Sámano, este es el cadáver de mi padre! ¡Venís á buscarme para que amortaje el ya mutilado de mi esposo!

Fué todo tan simultáneo, rápido y violento, que á ninguno de los circunstantes dió lugar á movimiento, palabra, ni imaginacion siquiera.

¡Cuán bella y aterradora á un tiempo parecia Elvira á los que abortos y estremecidos la contemplaban! ¡Y cuán grande debe ser el poderío de un movimiento de esos que espontáneamente parten de lo mas profundo de las almas privilegiadas, pues que á veces logran humillar al tirano ante su víctima, como, en efecto, consiguió el de la aflijida señora que nos ocupa, no solo dar esfuerzo á la débil Mencia é imponer silencio al venerable prelado, sino tambien refrenar el cínico descaró del alguacil, y paralizar la ira del doncel valeroso cuanto enamorado!

Nadie osó responder á sus palabras; todos, clavando en el suelo los ojos, esperaron palpitantes á que continuar le pluguiese, ó hablar les mandara.

—¡Qué nos queréis, Sámano? (prosiguió diciendo Elvira despues de una breve pausa). ¡Qué podeis ya buscar en esta casa, si no es algun cadáver, despues de haberos llevado al que, como su dueño, era aquí el alma de todos? Decid qué mas desea vuestra saña, y libertadnos de vuestra odiosa presencia.

Un tanto recobrado, aunque no del todo sereno, respondió el magistrado:

—Ignoraba, señora, la nueva desgracia que os aflige....

—¡Oh! ¡No la llameis desgracia! (repuso Elvira): mas vale que mi padre haya muerto en mis brazos, que al filo del hacha de vuestros verdugos! En fin, ¡qué es lo que me quereis!

—Anunciaros, en nombre de la real audiencia, que se os concede permiso para visitar á vuestro esposo....

—¡Y no podré yo ver al mio? (interrumpió presurosa Mencía).

—Tambien, señora, tambien podeis: pero ha de ser esta noche misma.

—¡Y por qué esta noche misma? (preguntó Elvira.)

—Lo ignoro (replicó el alguacil mayor); soy mandado, y ejecuto lo que se me previene. No sé mas. Si os place, seguidme ahora....

—¡Ahora! (esclamaron á un tiempo las dos cuñadas, señalando el cadáver de D. Martin, y fluctuando entre el natural deseo de ver á sus maridos, y el no menos justo de no separarse de aquel cuerpo aún no completamente helado.)

—Ahora y conmigo (volvió á decir el inflexible Sámano).

—Pues bien, ahora y con vos, (esclamó Elvira; y arrodillándose en seguida, y estampando un ardiente beso en la yerta mano del Mártir, dijo:) Perdonad, padre mio, si vuestra hija os abandona en tales momentos.—Triste suerte la vuestra, pues hasta vuestro cadáver se mira condenado á la soledad y al desamparo!—Perdonad si os dejo: mis deberes de esposa me llaman á un calabozo y al lado de aquel á quien ¡ay de mí! no me será dado tal vez cerrar con piadosa mano los ojos, cual he cerrado los vuestros. ¡Adios, padre amadísimo! ¡Adios!

Levantóse dichas esas frases, y volviéndose á D. Fernando, que cubierto el rostro con la capucha, y en una agonía de espíritu indescriptible, permanecía inmóvil, díjole:

—Os confío este sagrado depósito: velad y orad á su lado, para que el espíritu del *Mártir* inspire y santifique el vuestro!—Vamos, Mencía; vamos á la cárcel. Os seguimos, Sámano.

Separóse el alguacil mayor de la puerta, con indeliberada galantería, para dejar paso á las dos atribuladas esposas, y ya iba á marchar en pos de ellas, cuando le detuvo Fr. Diego asiéndole por el brazo; y mirándole de hito en hito con ojos penetrantes, como si en el rostro quisiera leerle los pensamientos, preguntóle en voz baja, pero con firmeza:

—¡No puedo yo, Sámano, acompañar á las esposas de D. Alonso y de Gil Gonzalez, á visitar á sus maridos? Quizá la presencia de un religioso no fuera inútil hoy en los calabozos de la cárcel de México.

—Por hoy sí; mañana.... no sé! respondió bruscamente el ministro de las iras de los doctores, y salió de la estancia mortuoria, desprendiéndose con violencia de las manos del santo religioso.



CAPITULO VII.

EN EL CUAL SE REFIERE CÓMO PREGUNTABAN LOS DOCTORES Y RESPONDIAN LOS CABALLEROS CADA CUAL CON DISTINTO OBJETO, Y HACIENDO TAN POCO CASO LOS PREGUNTANTES DE LAS RESPUESTAS, COMO LOS RESPONDENTES DE LAS PREGUNTAS.

PENSANDO algunas veces, mas de las que imaginan muchos que, viéndome dotado de alguna mayor actividad de la comun entre nosotros los hijos de Pelayo y del Cid, me juzgan mucho menos meditabundo de lo que en efecto soy, acaso para mi desdicha; pensando, digo, profunda y detenidamente sobre la singular entidad que los naturalistas llaman *el hombre*, confieso haber fluctuado entre la opinion que le supone intelijente y libre sobre todos los séres de la creacion, y la doctrina del fanatismo que le considera, en resúmen, como á un autómeta, mas ó menos perfecto, pero reducido á moverse segun leyes á su ecsistencia anteriores, de su voluntad independientes, y tan precisas y obligatorias que le encadenan siempre, en lo grande como en lo pequeño, durante su breve y nada ameno tránsito de la cuna hasta el sepulcro. Relijion aparte, porque como dice el Casti: *Dove é feda non bisogna ragione*, ni los aciertos de los tontos, ni los desatinos de los sabios, ni la fortuna de los incapaces, ni la desdicha de los grandes hombres, se esplican mas que por el fatalismo; y una de dos: ó el hombre que ha llegado á saber á punto fijo lo que pesan Júpiter y Saturno, noticia que por cierto le interesa poco, es incapaz de conocer á su propia especie; ó bien el talento es inútil para la vida, la ciencia estéril para la felicidad, y la jenerosidad del ánimo una car-